

Rod. No, Theudia, es imposible... inútil brio.
Oye, y esta conserva en tu memoria
Página triste de mi triste historia.
Al salir de las aguas de aquel río
Do me viste caer sin la victoria,
Y en cuya agua se hundió cuanto fué mio,
Abandoné el caballo y la armadura,
Cambié con un pastor mi vestidura,
Y con todo el pesar del vencimiento,
Despechado me entré por la espesura,
Cual de esperanzas ya, faltar de aliento.
¡Cuánto, Theudia, sufrí! Triste, perdido,
De mi reino crucé por las llanuras
En hambre y soledad, como un bandido
Que huyendo de la ley camina á oscuras.
Era la hora en que la luz se hundía
Tras las montañas, y la niebla densa
Por todo el ancho de la selva umbría
Iba tendiendo su cortina inmensa.
Con el cansancio, y el temor, y el duelo,
Fiebre traidora me abrasaba ardiente,
Sin ver dónde acudir en aquel suelo
En que nunca tal vez habitó gente.
Cuanto con mas esfuerzos avanzaba,
Viendo si al llano por do quier salía,
Mas la selva á mis pasos se cerraba,
Mas en la negra soledad me hundía.
Un vértigo infernal apoderóse
De mi alma... y sin luz, y sin camino,
A mi exaltada mente presentóse
Toda la realidad de mi destino.
Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
En mi raza extinguido el reino godo,
Sin esperanza, sin honor, sin nombre,
Perdido, Theudia, para siempre todo.
¡Cuán odioso me ví! Desapavorido
A pedir empecé con grandes voces
Auxilio en el desierto, mas perdido
Fué mi acento en las ráfagas veloces
A espirar en los senos del espacio...
Y á impulso entonces del furor interno,
Maldiciendo mi estirpe y mi palacio,
Con sacrífega voz llamé al infierno.

Theud. ¡Cielos!

Rod. Y él me acudió: sulfúrea lumbre
Rauda encendió relámpago brillante,
Y en mi pecho siniestra incertidumbre!
Sentí algo junto á mí, miré un instante,
Y á la sulfúrea luz, monge sombrío
A mi lado pasó, y á su presencia
Tembló mi corazón, cedió mi brio.
Pedíle amparo, mas fatal sentencia
Me fulminó diciendo: "¡Vaya, impío,
Que el á quien deshonró tu incontinencia,
Vendrá de crimen y vergüenza lleno
Con el mismo puñal á hendir tu seno!"
Dijo: y por entre la niebla arrebatado,
Huyó el fantasma y me dejó aterrado.
Theud. Sueño vuestro, fantasma peregrino,
Fué de la calentura abrasadora.

Rod. No, Theudia, voz de mi fatal destino.
Mientras ese hombre está sobre la tierra,
Theudia, no hay para mí paz ni reposo;

Do quiera el paso sin piedad me cierra
Ese espectro á mi raza peligroso.
¡Ves el puñal que cuelga en mi cintura?
Con él me ha de matar; es mi destino;
Theudia, no hay tierra para mí segura,
Ese hombre ha de bajar por mi camino.

Theud. ¡Y eso creéis...! Calládselo á la gente,
Y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
Amenguó de vuestra alma la grandeza,
Y amenguó la razon de vuestra mente.

Rod. Tiene en mi corazón sacro prestigio,
Theudia, te lo confieso, y me amedrenta
Aquella predicción y aquel prodigio.

Theud. ¡Prodigio lo llamais! ¡Y no os afrenta
Tan vil superstición!

Rod. Sea en buen hora,
Mas creo en ella; á ser fascinadora
De la mente aprensión, desapareciera
Con el tiempo; el ayuno y el cilicio
Arrancado á la mente se la hubiera.

Theud. La arrancará mejor trompa guerrera,
Y de la lid revuelta el ejercicio.
Eso cumple mejor á vuestra raza;
En vez de esta cabaña y ese sayo,
La blanca rienda y la ferada maza,
Y el bruto cordobes, hijo del rayo.
Sí, mientras viva Theudia y por amigo
Queráis tenerle, con bizarro alarde
Os dirá, de la paz siempre enemigo,
Que el noble que no lidia es un cobarde.

Rod. ¡Traidor!

Theud. ¡Hola! vuestra alma se despierta
A la voz del honor; así os quería:
Veo que aun vuestra sangre no está muerta,
Y alienta el corazón con hidalguía.
Escuchadme, señor, y ved despacio
El peso y la razon de lo que os digo,
Que es mengua, sí, que quien nació en palacio
Aguarde con pavor á su enemigo.
Perdido estais, sin esperanza alguna:
No hay para vos ni fuerza ni derecho;
No hay para vos ni gente ni fortuna;
El moro vuestro ejército ha deshecho,
Y atropelló á la cruz la media luna:
Mas hay un corazón en vuestro pecho,
Que á vuestro antiguo honor cuentas demande,
Y un corazón de rey debe ser grande.
Si á las manos morir es vuestro sino
De ese conde traidor que nos vendiera,
La mitad evitadle del camino,
Tras él saliendo con audacia fiera.
Provocad con valor vuestro destino,
Con él trabaos en la lid postrera,
Y arrostrad ese sino que os espanta,
Vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no teneis ni ejércitos ni enseñas,
Mas os resta un amigo y un vasallo,
Y las lunas del mundo no son dueñas,
Ni es de la suerte irrevocable el fallo.
Dejad, pues, el misterio de estas breñas,
Asios de una lanza, y yo escudero,
Si no podeis ser rey, sed caballero.

Rod. Basta, Theudia; ese bélico lenguaje
Cumple á los corazones bien nacidos,
Y en el mio despiertan el coraje
De tus fieras palabras los sonidos.
Sangre me pide mi sangriento ultraje,
Sangre mis tercios en Jerez vencidos.
Theudia, tienes razon, de cualquier modo,
Morir me cumple cual monarca godo.
Sí, ya á mi olfato y mis oídos siento
Que trae el aura que las tiendas mece,
El militar olor del campamento
Y el clamor de la lid que se embravece,
Y del clarín agudo el limpio acento
Que á los nobles caballos estremece;
Y esa guerrera y bárbara armonía
La prez me torna de la estirpe mia.
Indigna es de un monarca y de un guerrero
Esta debilidad que me avergüenza;
De mi superstición reirme quiero,
No quiero, Theudia, que el pavor me venza.

Theud. Dos sendas hay, y por cualquiera os sigo.
Buscar al conde y perecer vengado,
O guareceros del pendon amigo
Y acabar con honor como soldado.

Rod. Cumple eso mas al corazón que abrigo;
Theudia, olvidémonos de lo pasado,
Y en la desgracia, de rencor ajenos,
Bajemos á la tumba de los buenos.
Esta arma vil que á mi existencia amaga
Quédese aquí, despues de mi partida,
(Clava el puñal en el poste que sostiene la choza.)

Y quede en este tronco con mi daga
Enclavado el misterio de mi vida.
¡Dices que ha levantado en la montaña
Pendon un noble, de venganza rayo?
Pues bien, ¡qué hacemos en la tierra estraña?
¡Lejos de mí mi penitente sayo!
Vamos, Theudia, á lidiar por nuestra España
Y á triunfar ó caer con Don Pelayo:
No diga nunca el mundo venidero
Que ni supe ser rey, ni caballero.

Theud. ¡Ahora os conozco, vive Dios!

Rod. Mañana

Partirémos á Asturias.

Theud. Franco paso

Nos dará el Portugal que nos dió asilo.

Rod. Hasta mañana, pues; duermes tranquilo.

Duerme, Theudia.

Theud. Señor, ¡velando acaso

Vais á quedar mi sueño?

Rod. Desde ahora

No hay de los dos segundo ni primero.

Theud. Señor...

Rod. Déjame solo hasta la aurora:

Pues no soy mas que un pobre aventurero,

Seré en vez de tu rey tu compañero.

(Vase Theudia al aposento contiguo de la izquierda.)

ESCENA V.

DON RODRIGO.

Bien dice ese leal. Mas vale al cabo
Caer en una lid por causa estraña,

Que de servil superstición esclavo,
Llorar imbécil la pérdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
Con mi contraria suerte por herencia,
Velando en el misterio mas profundo
El secreto fatal de mi existencia.
Nada soy, nada tengo, nada espero;
Encerrado desde hoy en mi armadura,
Seré en mi propia causa aventurero,
Sin esperar jamas prez ni ventura.
Mas al caer lidiando en la campaña
Al pueblo diga mi sangrienta huella:
"¡Ved: si no supo defender á España,
Supo á lo menos sucumbir por ella."
Mas ¡ay triste de mí! mi pueblo mismo
Que me tiene en horror, con frio encono
Me verá descender hácia el abismo,
Como me ha visto descender del trono.
Sí, aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
Y todo es obra tuya, conde infame;
Por tí desprecio soy del universo;
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.

(Viendo el puñal.)

¡Mas Dios Santo, ahí estás! huyeme, aparta,
Sueño fascinador, que esquivo en vano.
Nunca de sangre de los godos harta,
Esta daga fatal busca una mano.
La de uno de ambos... tigre vengativo,
Ser exterminador de mi familia,
Uno solo de entrambos quede vivo,
Veamos el infierno á quién ausilia.
Mi razon, mi creencia lo repele;
Mas nunca echar de mí puedo esta idea;
Ese día fatal ¡oh infierno! impele,
Traénosle en una vez y pronto sea.
Vértigo horrible el corazón me acosa,
Sed de su sangre el corazón me irrita...
¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,
O ante mis ojos ven, sombra precita!

(Abrese la puerta con ímpetu, y al par que ilumina el fondo un relámpago, entra en la escena el conde Don Julian.)

ESCENA VI.

DON RODRIGO, EL CONDE.

Conde. Gracias al diablo que llegué á la cumbre.

Rod. ¡Quién es? do va? qué busca? quién le trae?

Conde. ¡Rápido preguntar! mas si es costumbre,

Oid. Un hombre, á Portugal, y lumbre

Para secarme del turbion que cae.

¡Hay mas que preguntar?

Rod. Mal humor gasta.

Conde. Lo mismo que pregunta le respondo.

¡Tiene algo que cenar?

Rod. Nada.

Conde. Pues basta.

La cuestion por mi parte ha dado fondo.

(Se sienta con calma á la lumbre.)

Rod. Desatento venís donde os alojan.

Conde. Pues sin brindarme vos yo me aparezzo,

Y esos nublados hasta aquí me arrojan,
Ni vos me la ofreceis ni os la agradezco.
Rod. Me obliga, por mi fé, la cortesía,
Mas no soy hombre que á sufrir me avengo
Razones de tamaña altanería.
Conde. Tampoco yo, que despechado vengo
Y harto estoy de la vida.
Rod. Y yo lo mismo.
Conde. Yo tras la muerte con deseo insano
Debo partir mañana muy temprano.
Rod. Y yo tambien.
Conde. ¿Y adónde?
Rod. A España.
Conde. De ella
Vengo.
Rod. ¿Sois de ella?
Conde. Por desdicha mia.
Rod. Cúpome á mí tambien tan mala estrella.
Conde. Que la mia peor nunca seria.
Rod. Puede que sí.
Conde. Lo dudo.
Rod. Allí he perdido
Cuanto amé.
Conde. Yo tambien.
Rod. Padres, hermanos
Conde. Yo tambien.
Rod. Mis amigos me han vendido.
Conde. Tambien á mí.
Rod. Fuí mofa á los villanos.
Conde. Tambien yo.
Rod. Y el honor de mis blasones
Ultrajó un hombre vil.
Conde. Y otro los míos.
Rod. Yo he tenido que huir.
Conde. Como ladrones
Nos desbandamos sin poder ni brios
Mis soldados y yo. Todos ingratos
Me han sido á mí.
Rod. Y á mí todos traidores.
Conde. Nada espero.
Rod. Ni yo. Mas pienso á ratos
En venganzas horribles.
Conde. No mayores
Que las mias serán.
Rod. ¡Oh! Sí. Son tales
Que vértigos terribles me producen.
Conde. Los míos á la rabia son iguales.
Rod. Y los míos á España me conducen
Nada mas que á morir.
Conde. Y á mí lo mismo;
Vengo á buscar un hombre á quien detesto,
Y ante uno de los dos se abre el abismo.
Rod. Yo busco á otro hombre para mí funesto,
Y guardo ese puñal de mi familia
Que del uno es el fin de todos modos.
(El conde lo mira y lo reconoce. Esto depende de los actores.)
Conde. ¿Es tuyo ese puñal?
Rod. Sí.
Conde. ¡Dios me auxilia!
Ese hierro es la muerte de los godos.
Rod. Godo soy.
Conde. Yo tambien, mas su enemigo.

Rod. ¿Quién hará de ello ante mi vista alarde?
Conde. ¡Tú eres el torpe rey . . . !
Rod. Tú el vil cobarde . . .
Conde. Yo el conde Don Julian.
Rod. Yo Don Rodrigo.
(Quedan un momento contemplándose.)
Conde. Nos hallamos al fin.
Rod. Sí, nos hallamos;
Y ambos á dos, escecacion del mundo,
La última vez mirándonos estamos.
Conde. Eso apetece mi rencor profundo.
Mírame bien: sobre esta faz, Rodrigo,
Echaron un baldon tus liviandades,
Y el universo de él será testigo,
Y tu torpeza horror de las edades.
Rod. Culpa fué de mi amor la culpa mia;
De Florinda me abona la hermosura;
Mas ¿quién abonará tu villanía?
Conde. De mi misma traicion la desventura.
Deshonrado por tí, perdílo todo,
Mas no saciaba mi venganza fiera
Tu afrenta nada mas; menester era
Toda la afrenta del imperio godo.
Rod. ¿De un traidor como tú fué digna hazaña!
Cumplieras con tus viles intenciones
Yendo á matarme con silencio y maña,
O contra mí sacaras tus pendones
Y bebieras mi sangre en la campaña,
Mi corazon echando á tus legiones;
Mas no lograras con tan necio encono
Vender á España, por hollar mi trono.
Conde. Todo lo ansiaba mi tremenda saña;
No hartaba mis sangrientas intenciones
Beber tu sangre con silencio y maña,
O en contra tuya levantar pendones;
Dar quise tu lugar á estirpe estraña
Y tu raza borrar de las naciones:
Eso queria mi sangriento encono,
Vender tu reino y derribar tu trono.
Rod. ¿Y lo lograste!
Conde. Sí, logré que al cabo
El mundo á ambos á dos nos aborrezca,
Y á tí de torpes vicios por esclavo,
Y á mí por mi traicion nos escarnezca.
Rod. ¿Tanta maldad de comprender no acabo!
Conde. Hice mas.
Rod. Imposible es ya que crezca
Tu infamia.
Conde. Escucha, pues, ¡oh rey Rodrigo,
A cuánto llega mi rencor contigo!
Yo solo quedo de mi raza: presa
Los demas de los moros, á pedradas
Fué muerta ante mis ojos la condesa,
Y á la mar arrojados á lanzadas
Mis hijos de Tarifa en la sorpresa:
Mas te traigo una nueva que pagadas
Todas me deja las desdichas mias;
Supe tiempo ha que en Portugal vivias.
Rod. ¡Dios!
Conde. Por un monge que te halló en la selva.
Rod. ¿Un monge!
Conde. Sí, mi hermano, cuyos votos
Le impiden hoy que contra tí se vuelva,

Mas cuya astucia para siempre rotos
Los anillos dejé de mis cadenas
Para seguir tus pasos noche y dia,
Y para que la sangre de tus venas
La mancha lave de la afrenta mia.
Rod. ¿Y es cierto? ¿y ese monge era tu hermano?
¿Era un hombre no mas? ¿no era un fantasma?
¿Nada habia en su ser de sobrehumano?
Conde. ¿Que tal preguntes en verdad me pasma!
El me salvó y me dijo: "Ve á buscarle,
Mas antes de matarle,
Dile que su castísima Ejilona,
Con su amor ha comprado otra corona."
Rod. ¿Mi esposa!
Conde. Sí, Abdalásis te la quita,
O por mejor decir, vendiósele ella,
Y bien la raza en que nació acredita,
Y de su esposo bien sigue la huella.
(Con mofa.)
Una reina cristiana favorita
De un árabe . . . ; oh, nació con brava estrella!
No penes, pues, por tan leal matrona,
Que esposo no le falta ni corona.
Rod. Basta, basta, traidor: la estirpe goda
Deshonrada por tí, por tí vendida,
Clama sedienta por tu sangre toda.
(Don Rodrigo va á coger el puñal que está clavado en el poste, pero el conde Don Julian se adelanta y lo toma. Don Rodrigo retrocede dos pasos con supersticioso temor.)
Conde. Con la tuya á la par sea vertida.
El mismo cieno nuestro timbre enloda,
La misma tumba nos dará cabida.
(El conde se arroja sobre Don Rodrigo, mas Theu-

dia se presenta de repente entre los dos con la hacha de armas empuñada.)

ESCENA ULTIMA.

DON RODRIGO, EL CONDE DON JULIAN, THEUDIA,
ERMITAÑO.

Theud. ¡Mientes! aun queda quien su honor re-
pare,
Y del traidor al infeliz separe.
(Da al conde un golpe mortal y cae.)
Rod. ¡Theudia!
Theud. Señor, cumplí conmigo mismo,
Que al vengaros á vos vengué á la España.
Rod. ¡Gracias, Theudia! hoy me arranca tu he-
roismo
Mi ruin supersticion, á un noble estraña.
Sí, mi pavor con él baja al abismo:
Partamos con Pelayo á la montaña,
Y logremos ¡oh Theudia! por lo menos,
Morir en nuestra patria como buenos.
(Al ermitaño.)
Padre, dad á ese tronco sepultura
Donde repose en paz: mi justo encono
No pasa, no, de su mansion oscura,
Aunque el honor de España esté en mi abono.
Yo vuelvo al campo á la pelea dura,
Y aunque muera sin huestes y sin trono,
Siempre ha de ser para quien muere honrado,
Tumba de rey la fosa del soldado.
(Vase con Theudia, y cae el telon.)

